

## CELEBRACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

*Catedral de La Habana, 18 de enero del 2000*

Queridos hermanos y hermanas:

En este año 2000, que está en sus inicios, los cristianos celebramos el bimilenario del nacimiento de Jesús de Nazaret. Celebramos y no conmemoramos únicamente. Se conmemora a los muertos, se celebra a quienes viven. Cristo vive, no metafóricamente, en el corazón de quien lo ama, sino realmente, Él que ha sido el vencedor de su muerte y de la nuestra. Vive cumpliendo su promesa de estar con nosotros siempre, hasta el fin del mundo; cuando dos o más nos reunimos en su nombre, cuando damos de comer al hambriento y asistimos al desvalido. En estos, los débiles, lo encontramos misteriosamente pobre, preso o enfermo y cuanto a estos hagamos, se lo hacemos a Él. Viene Cristo a nosotros cuando recibimos a aquellos que son sus enviados o cuando acogemos a un niño. Cristo vive en su palabra. Él es la Palabra hecha carne, que María acunó en el pesebre, que es la Iglesia, para que todos pudieran contemplarla y saciarse del semblante de la verdad y la ternura.

Esta Palabra que hemos entronizado solemnemente al comenzar nuestra oración la encontramos siempre dentro de la Iglesia y sobre ella. Nunca deben confundirse Iglesia y Palabra. La Iglesia debe someter al juicio de esta Palabra las ideas, actitudes o proyectos pujantes o paralizantes de cada época, pero en esa misma medida está obligada a dejarse interpelar por la Palabra, a ponerse a disposición de ella. Una mera conservación de la Palabra sería como renunciar a traer la Palabra revelada hasta el presente, por miedo al compromiso o al dolor. Y la Iglesia debe encontrar ese difícil camino intermedio entre la petrificación y la huida, para poder servir a la Palabra. Solo así, cimentada en ella, fundada sobre la eterna Palabra de Dios, puede la Iglesia alcanzar la unidad entre todos los que alimentan su espíritu en la misma Palabra de vida y proclaman que Jesucristo es el Señor. Hoy está aquí la Iglesia de rodillas ante la Palabra para dejarnos cuestionar por ella, para ponernos a su servicio.

Estamos habituados los ministros de la Iglesia a predicar la Palabra de Dios, es además nuestro deber y parte esencial de la misión que el Señor nos ha confiado. Pero de tanto manejar la Palabra, de tanto estudiarla y explicarla, nos hacemos complicados y perdemos el hábito saludable de cobijarnos a su sombra o de ponernos a su luz. Descomplicarnos es «volver a ser como niños», en cuanto a la transparencia y a la sencillez de corazón. Así debemos abordar el himno precioso de la Carta de San Pablo a los Efesios que acaba de ser proclamado.

No vamos a detenernos en consideraciones sobre el hermoso texto, que es también la más difícil de las cartas de Pablo escritas en la cautividad; ni estudiaremos sus similitudes con la carta a los Colosenses. No vamos a extrañarnos tampoco de que Pablo, en la transcripción de este himno que contiene el resumen medular de su doctrina, no sea tan personal como en otras cartas suyas. Dejemos, más bien, que la Palabra nos lleve suave y arrebatadoramente hasta esa altura del misterio de la Voluntad de Dios, que es voluntad salvífica e incluye a todos los hombres, y que ha sido un derroche de parte de Dios, en favor nuestro, del tesoro de su gracia, su sabiduría y su prudencia.

Este derroche lo ha hecho Dios para con nosotros, los discípulos de Jesús. Pablo tenía en mente a los paganos y a su pueblo, el pueblo de Jesús, que en una buena

parte no había accedido a ese tesoro de gracia y esto lo hace maravillarse más aún de la elección que Dios Padre había hecho de los seguidores de su hijo.

Sin embargo, el plan de Dios es que llegue la redención completa a todos los hombres. Es más, cuando llegue el momento culminante deben recapitularse en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. En su origen etimológico «recapitularlo todo» es hacer que todas las cosas de la creación tengan a Cristo por cabeza. Entonces Cristo entregará el Reino al Padre. Pero mientras llega todo esto, Pablo, que siente que «la creación entera gime como con dolores de parto aguardando su redención», se extasía pensando que el Plan de Dios, que tendrá una culminación gloriosa, nos incluye a nosotros de manera privilegiada, porque, aun antes de crear el mundo, Dios nos eligió a nosotros en la persona de Cristo para que fuéramos «consagrados e irreprochables ante él por el amor y nos ha destinado, en la persona de Cristo, a ser sus hijos». De este modo, viviendo la consagración en el amor, somos capaces de darle a Dios la gloria merecida y, aún más, hacer de nuestra vida una alabanza de su gloria.

Lo que es contemplación arrobadora en el himno de la Carta a los Efesios, es hoy para nosotros, a quienes Dios ha dado a conocer el Misterio de su Voluntad, una ocasión de acción de gracias y de seria reflexión de cara a la unidad de los que somos seguidores de Cristo vivo y presente en esta hora de la historia.

En efecto, si el plan de Dios incluye recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra, ¿qué debemos hacer nosotros, cristianos, a quienes se nos ha revelado el Misterio de la Voluntad de Dios, para que los hombres y mujeres del nuevo milenio puedan entrar a formar parte de modo consciente, dando gloria a Dios de esa humanidad redimida y renovada, congregada en el amor? Seguramente, todos deben escuchar la Buena Noticia de la Verdad, la extraordinaria noticia de que pueden ser salvados si creen. Nos duele entonces la Palabra inevitable de Jesús, la que Él nos dirigió a sus discípulos: «que todos sean uno para que el mundo crea» y comprendemos así que la reunión en Cristo de todos los hombres y mujeres de la tierra no depende solo de la dureza o de la apertura de los corazones al mensaje salvador, sino también de nuestra capacidad para testimoniar el amor cristiano en toda su grandeza y sublimidad. Nos estremece de este modo aún más el himno de la Carta a los Efesios, en el cual Dios nos elige desde toda la eternidad y nos quiere consagrados e irreprochables ante él por el amor. Confrontados, pues, al plan de Dios de cara a nuestras divisiones, sentimos que no estamos viviendo plenamente nuestra consagración bautismal y que ninguno de nosotros, en lo que toca a la unidad de los cristianos, es irreprochable, porque, según el querer de Dios, solo lo seremos por el amor. Y justamente, en el amor hemos fallado; a veces personalmente, otras solidariamente, ya que nuestra vocación de hijos de Dios exige de nosotros una vivencia plena de nuestra condición de hermanos.

Dejemos, pues, que la Palabra, «como espada de doble filo», penetre en lo hondo de nuestro ser, sintámonos todos Iglesia-bajo-la-Palabra, iluminados por ella. Nosotros, que debemos proclamar esa Palabra a aquellos que no conocen el plan de Dios, ante la descripción que hace San Pablo en Su Carta a los Efesios, del designio salvífico del Señor tenemos también una magnífica oportunidad para caer en cuenta de nuestra condición de humildes servidores de la Palabra en la Iglesia.

Porque la Evangelización del mundo, razón de ser de la Iglesia para que Dios reciba la alabanza de gloria de todos los hombres y pueblos, no es un proyecto que cada Iglesia se ha forjado a su modo.

Hay una frase del himno de la Carta a los Efesios que es fundante y nos pone en nuestro sitio como discípulos de Jesús, y aun como ministros suyos: todo cuanto Dios ha obrado en vista de nuestra salvación lo ha hecho «Por pura iniciativa suya». Esto quiere decir que nuestra elección como discípulos de Cristo fue iniciativa de Dios, que nuestra llamada a integrar la Iglesia ha venido de Él. Iniciativa de Él es también confiarnos su Iglesia a quienes tenemos responsabilidades en la conducción del pueblo de Dios. También de Cristo-Jesús, enviado del Padre, procede el envío de la Iglesia al mundo a predicar el Evangelio.

Sabiendo que somos hijos de Dios y comunidad de hermanos consagrados en el amor a la alabanza de la gloria de Dios, reconozcamos que Dios quiso hacernos partícipes de ese plan maravilloso *por pura iniciativa suya*.

A todos nosotros, cristianos de distintas iglesias, pastores o fieles, corresponde entrar de corazón y con profunda humildad en ese designio amoroso de Dios. Así, quienes están distantes o en busca del Señor, viendo nuestras obras buenas, podrán glorificar al Padre que está en el cielo. Nuestra mejor obra es el amor. Que nuestra oración de esta noche sea algo más que un buen propósito. Que signifique, al comienzo del año 2000 de la era de Cristo, que quienes somos discípulos de Jesús estamos dispuestos a tener actitudes y sentimientos de hermanos. «Y así, nosotros, los que ya esperábamos en Cristo, seremos alabanza de su gloria.»

Nos llena de esperanza en nuestro difícil camino hacia la unidad de todos los cristianos esta oración que hacemos en común y la certeza de saber que, como en el Cenáculo, Jesús ora por nosotros al Padre y le pide que nos santifique en la Verdad. De Dios no solo viene la iniciativa de nuestro llamamiento, sino además el acompañamiento de su Iglesia. Si nosotros debemos consagrarnos en el amor, nos conforta escuchar la promesa cumplida de Jesús: «por ellos me consagro yo». La consagración de Cristo fue su cruz. Por ella le rindió la perfecta alabanza de gloria al Padre, que nosotros, pecadores, no podíamos ofrecerle. Gracias a su ofrenda de la cruz también nosotros ahora y siempre podemos dar gloria al Padre con Cristo, por Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.